

HISTORIA Y EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS

¿QUIÉN TIENE MIEDO DE LA GEOHISTORIA? Who's Afraid of Geohistory?

Ivo MATTOZZI¹

Universidad de Bolonia

ivomattozzi@clio92.it

Recibido: 16.09.2013 / Aceptado: 07.02.2014

Resumen. El artículo reivindica las razones para adoptar la perspectiva de la geohistoria en la enseñanza de la historia y de la geografía y contrasta los temores de que la geohistoria hace irrelevante la enseñanza de la geografía y distorsiona la vocación de la historia para construir un conocimiento geopolítico. El primer argumento a favor es una visión correcta de geohistoria según la conceptualización que Fernand Braudel ha hecho en muchas de sus obras, a partir de las ponencias realizadas en campos de concentración, donde fue hecho prisionero durante la Segunda Guerra Mundial. A continuación, el artículo considera los argumentos sospechosos y decididamente opuestos a la geohistoria apoyados por académicos —geógrafos e historiadores— y por los profesores y los analiza como el resultado de las deformaciones y simplificaciones de la teoría braudeliana. Por último, ofrece ejemplos de buena aplicación de geohistoria, ya que solo la transposición didáctica del conocimiento válido y eficaz desde el punto de vista de la geohistoria puede poner de manifiesto la imbricación entre el pensamiento geográfico y el pensamiento histórico.

Palabras clave: geohistoria, Fernand Braudel, enseñanza interdisciplinaria, transposición didáctica.

Abstract. The article claims the reasons for adopting the perspective of geohistory in the teaching of history and geography and contrasts the fears that it renders irrelevant the teaching of geography and distorts the vocation of history to construct geopolitical knowledge. The first argument in favor is a correct view of geo-history according to the conceptualization that Fernand Braudel has done in many of his works beginning with classes in prison camps where he was held prisoner during World War II. Then, the article considers the arguments suspiciously and decidedly opposed to geohistory supported by scholars — geographers and historians — and by teachers and analyzes them as arising from deformations and simplifications of the Braudelian theory. Finally, it offers examples of good application of geohistory, since only the didactic transposition of knowledge recognized as valid from the point of view geo-historical can bring out the interweaving between geographical thought and historical thought.

Keywords: geohistory, Fernand Braudel, interdisciplinary teaching, didactic transposition.

PENSAR GEOHISTÓRICAMENTE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFÍA

En las indicaciones de los planes de estudios para el bienio de la enseñanza de segundo grado, se indica la necesidad de establecer relaciones interdisciplinarias entre la historia y la geografía en los niveles primario y secundario.²

Las dos disciplinas continúan siendo distintas y cada una tiene sus propios contenidos y objetivos. Sin embargo, en el bienio superior la nota es una sola para las dos disciplinas y la evaluación conjunta hace más útil el entramado disciplinar.

De hecho, algunos objetivos son creíbles solo si los contenidos son tratados con un enfoque geográfico en historia y con un enfoque histórico en geografía: la historia implica efectivamente una dimensión de geografía histórica; y a su vez, la geografía humana bien puede ser entendida como geografía histórica; las dos dimensiones deben formar parte integrante de la enseñanza y del aprendizaje de la disciplina. Al hablar de la geografía, se recomienda enseñar a describir y a enmarcar los problemas políticos, ambientales, sociales y culturales del mundo actual desde una perspectiva múltiple, capaz de integrar las razones históricas de «larga duración» de los procesos de transformación y de «crisis» con aquellas típicamente históricas...

Se saca a relucir la «perspectiva geohistórica» en la descripción que tendrá en cuenta la importancia de algunos factores fundamentales para el asentamiento de los pueblos y la constitución de los Estados (la existencia o no de límites naturales, los cursos de agua navegables y las vías de comunicación, los puertos y los centros de tránsito, la dislocación de las materias primas, los flujos migratorios, las áreas lingüísticas, la difusión de las religiones). Se recomienda dar a conocer la demografía en sus distintos aspectos: los ritmos de crecimiento de la población, las grandes migraciones del pasado (desde el mundo antiguo en adelante) y del presente, la distribución de la población...

Sin embargo, concebir las disciplinas geohistóricamente no es fácil en una tradición escolar en la que ha siempre prevalecido la lógica de los recintos disciplinarios y en la que la formación de los profesores inhibe la concepción de la geohistoria y de la geografía histórica. Además, los guardianes de la pureza en ambos campos disciplinarios temen el riesgo de que la contaminación haga perder a la geografía su propia especificidad y a la historia el eje de conocimiento político-institucional que se ha asumido —abusivamente— como piedra angular del saber histórico.

Antonio Brusa ha detectado los comportamientos banales inspirados por la defensa de la identidad disciplinar estandarizada.³

Las dos asignaturas, por su parte, están acostumbradas a este régimen extraño de convivencia onírica y separación práctica, y esto ha creado una amplia gama de comportamientos reconfortantes y tranquilizadores que van desde la localización elemental de los hechos, cuando son explicados en historia, a la también elemental historia de los lugares, enseñada, cuando es necesario, en geografía («el dónde y el cuándo»); llegando hasta la «escena de apertura», en la cual las dos disciplinas intercambian sus papeles, prestándose cortésmente cada una de ellas a servir de introducción a la otra; hasta la investigación sobre el entorno o lo cercano, donde ambas conspiran, a menudo con historia del arte y de las tradiciones y con la educación musical, para fabricar pequeñas enciclopedias de saber local. Este surtido repertorio de estrategias ha encontrado con el tiempo la etiqueta abusiva de geohistoria y es, por lo tanto, candidato para dar sustancia con sus perogrulladas a la próxima campaña interdisciplinar, promovida (creo que de forma totalmente inconsciente) por la reforma Gelmini.

No obstante, las vicisitudes de la vecina Francia deberían ponernos en guardia a todos sobre los enfoques espontáneos y fáciles. Aquí, de hecho, donde hay una tradición más consolidada de intercambio interdisciplinar (a la cual se deberá hacer referencia de cualquier forma si se contempla la hipótesis de un trabajo serio y duradero), el rendimiento didáctico ha sido más decepcionante que nunca.

En Francia, la asignatura está unificada —histoire-géo—, así como la asociación profesional más fuerte, que reúne a profesores de historia y de geografía, y cuenta con una revista muy respetada. Además, el libro de texto es uno solo, pero cuando hojeamos alguno, nos damos cuenta de que consta de dos pequeños libros, uno de historia y otro de geografía, encuadernados juntos (Brusa, inédito).⁴

Sabemos que ahora, también en Italia, los editores ofrecen libros en los que el texto de geografía y el de historia están encuadernados juntos sin que haya ningún intento de integrarlos. ¿Es inevitable esta banalización de la idea?

Creo que la inhibición, la incompetencia y el temor tienen su origen, por un lado, en la vaga concepción que

evoca la palabra geohistoria y, por otro, en una didáctica poco creativa.

Conviene, por lo tanto, explicar el concepto y sus implicaciones con el fin de utilizarlo como fuente de inspiración para el diseño de procesos eficaces de enseñanza y de aprendizaje destinados a formar una cultura integrada de la historia y la geografía. Puesto que el inventor de la palabra ha sido Fernand Braudel, recurriré a un texto suyo para esbozar qué se entiende por geohistoria y, posteriormente, trataré de verificar su potencial de inspiración proponiendo ejemplos de tratamiento geohistórico.

LA GEOHISTORIA SEGÚN BRAUDEL

Braudel es el inventor de la palabra geohistoria y ha proporcionado ejemplos muy sólidos de construcciones geohistóricas en sus obras. Nos proponemos aquí recuperar su conceptualización, comentando el texto en el que propuso este concepto por primera vez. Picotearemos, extraeremos, reorganizaremos: un collage de citas que nos llevarán con Braudel a concebir el nexo de unión entre el enfoque geográfico y el enfoque histórico.

El libro en el que picotear las citas es *La historia, medida del mundo*.⁵ Se trata de la traducción de un texto que Braudel escribió en los campos de prisioneros en los que estuvo detenido desde julio de 1941 hasta 1945. En aquellos años escribió en casi 4000 páginas de un centenar de cuadernos de escuela la obra que publicaría bajo el título *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, y organizó cursos, lecciones y conferencias en beneficio de sus compañeros de cautiverio que habían tenido que interrumpir los estudios. Braudel dio también una veintena de conferencias sobre historia. La primera serie de conferencias tuvo lugar mientras componía el primer borrador de *La Méditerranée* en Mayence y las escribió en Lübeck mientras realizaba la revisión de la obra que terminaría en 1945.⁶

Envío el cuaderno a su mujer en 1944. Así, mientras escribía su larga representación del Mediterráneo «para poner de relieve los vínculos permanentes de la historia y del espacio», tomaba una forma definitiva su «visión de la historia»; «en parte, como única respuesta intelectual posible a un espectáculo —el Mediterráneo— que le parecía imposible aferrar en los límites de cualquier tratado histórico tradicional, en parte, como única respuesta emocional posible para los trágicos momentos que vivía» y teorizaba su operación historiográfica en las conferencias sobre la epistemología de la historia. En ellas, una

gran parte de las reflexiones hacía referencia a la geografía y a la relación entre geografía e historia.

En el libro, el tercer capítulo se titula propiamente *Geohistoria: La sociedad, el espacio y el tiempo*, pero las anotaciones sobre la geohistoria están repartidas también por otros capítulos. Por ello, la exploración del texto, la extracción de los pasajes relevantes y su combinación coherente pueden ponernos en condiciones de presentar lo esencial de la idea de Braudel. Hay que tener en cuenta que el cuaderno fue publicado en 1997. Esto quiere decir que hasta ese momento no se conocían los matices de significado y la multiplicidad de razones que Braudel usa para proponer este nuevo concepto.⁷

Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación de conjunto. La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. No he querido olvidarme de esta historia, casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas, ni contentarme tampoco, a propósito de ella, con las tradicionales introducciones geográficas de los estudios de historia, inútilmente colocadas en los umbrales de tantos libros, con sus paisajes minerales, sus trabajos agrícolas y sus flores, que se hacen desfilar rápidamente ante los ojos del lector, para no volver a referirse a ellos a lo largo del libro, como si las flores no rebrotaran en cada primavera, como si los rebaños se detuvieran en sus desplazamientos, como si los barcos no tuviesen que navegar sobre las aguas de un mar real, que cambia con las estaciones (Braudel, 1976: 17).⁸

CONCEPCIÓN DE LA GEOGRAFÍA

En primer lugar, hay que señalar todas las expresiones que atribuyen a la geografía una poderosa potencialidad cognoscitiva. Los conceptos que articulan su visión de la geografía son: entorno o medio ambiente, sociedad y espacio:

La geografía es una «descripción racional» [...] como una ciencia del paisaje, o digámoslo de forma más precisa, un estudio científico del medio natural o geográfico, o más exactamente aún, del medio físico y biológico [...] (Braudel, 2002: 57).

El objeto, el centro de la geografía humana, y quizá de la geografía a secas, de la geografía «profunda»

[...] es el estudio de la sociedad en el espacio, yo diría incluso por el espacio [...] (Braudel, 2002: 58).

No olvidemos las realidades de los grupos, de las comunidades, la fraternidad de los vínculos sociales, todo lo que une al hombre con el hombre y convierte a la sociedad establecida en el espacio en un tejido vivo, de mallas más o menos apretadas... Son estas realidades sociales lo que la geografía debe explicarnos, o al menos ayudarnos a explicar, dado que la geografía es, a nuestro juicio, tanto un método como una ciencia... (Braudel, 2002:62).

La geografía proyecta una luz sorprendente sobre las complicaciones, los millones de hilos que constituyen la vida humana. [...] Prescindir de ella [...] es un error. [...] Repitémoslo: nuestra suerte está siempre unida a la tierra (Braudel, 2002: 87).

Los verdaderos maestros de nuestra juventud fueron los geógrafos (Braudel, 2002: 58).

En virtud de su poder cognoscitivo, la geografía puede también ayudar a entender mejor los problemas históricos.

La geografía es una gran ayuda para la historia. [...] Situar los hechos históricos en el espacio supone a la vez comprender mejor y plantear con más exactitud los verdaderos problemas (Braudel, 2002: 62).

Braudel (2002) exalta las obras francesas de geografía regional (57) y reconoce que existen tantos «estudios sobre la población, sobre el hábitat, sobre las ciudades y sobre los movimientos de la población» (58-59), «obras excelentes sobre esta o aquella cuestión de detalle» (59) y «hallazgos importantes, [...] métodos acertados o puntos de vista ingeniosos para cartografiar o explicar la moviente y compleja sustancia de la geografía de los hombres» (59).

Sin embargo, en las páginas 58-62, Braudel lamenta la falta de obras generales de geografía humana:

El único reproche que cabe hacerles [a los maestros geógrafos] es, quizás, el de haber estado, a nuestro juicio, más cerca del mundo físico y de sus certezas que de lo humano y de su desconcertante complejidad. [...] Las verdaderas, las enriquecedoras dificultades empiezan tan pronto se trata de poner al hombre en escena y en acción. Ya sea indirectamente cuando tratemos de geografía económica, ya sea directamente, cuando abordemos los vastos y difíciles problemas de la geografía humana, una ciencia pendiente de constituir, de delimitar y afirmar. [...] Pero es cuan-

do se trata de abordar directamente al hombre, cuando se intenta captarlo, cuando necesitamos verdaderas guías (Braudel, 2002: 58).

Y «el único libro de método del que disponemos sobre estas difíciles cuestiones» [*planteadas por el contraste entre determinismo y posibilismo*] le parece el «brillante libro de Lucien Febvre» (59), *La tierra y la evolución humana* (1924) que, sin embargo, a su parecer inclina la balanza hacia el *possibilismo* («Para Vidal [de la Blache], un medio geográfico es un conjunto de posibilidades»): «quizá demasiado inclinado (a mi juicio) a poner el acento, por reacción, en la voluntad y en la libertad del hombre [...]» (Braudel, 2002: 59).

Así, Braudel inicia una doble batalla defendiendo dos causas: la de la geografía humana y la de la geohistoria. La una y la otra son percibidas como el nuevo horizonte de los estudios geográficos e históricos. Sus destinos parecen cruzarse y ser interdependientes.

HECHOS GEOGRÁFICOS COMO HECHOS HISTÓRICOS

El siguiente paso lógico es poner en primera posición los hechos geográficos, «es decir, los vínculos entre lo social y el espacio», (Braudel, 2002: 45) en el catálogo de objetos de los cuales el historiador puede y debe ocuparse. Es precisamente en relación con esta clasificación que surge de la pluma del historiador el término «geohistoria», aunque inicialmente como simple alternativa a «geopolítica» y a «geografía histórica».

[...] Primer corte: los hechos geográficos; aunque para designarlos prefiero la geopolítica o, mejor aún, la geohistoria (Braudel, 2002: 45).

Y la primacía de los hechos geográficos se repite tras distinguir dos capas en el pasado real («*res gestae*»): 1. la capa de los eventos; 2. la capa de la historia profunda y duradera.

Hasta aquí hemos distinguido dos capas horizontales de historia, una historia evenemencial cuya fragilidad hemos señalado, y por debajo de esta superficie, una masa poderosa, mucho más tupida, la historia profunda; una lleva a la otra, de manera parecida a como las mareas pueden llevar sobre su propio movimiento el movimiento de las olas.

Pero esta diferencia de nivel no es la única que debemos recordar y hace tiempo que los historiadores

aprendieron a distinguir categorías de hechos sociales, diferentes sectores, una especie de cortes en la vertical de la historia que son de uso corriente: los **hechos geográficos** en primer lugar, es decir, los vínculos entre lo social y el espacio; los hechos culturales relativos a la civilización; los hechos étnicos; los hechos de estructura social; los hechos económicos; los hechos políticos por último.

Y otros tantos cortes en la vertical de la historia, lo repito, no superpuestos sino yuxtapuestos. Podemos imaginar otras divisiones e innumerables subdivisiones. Con las que hemos señalado nos bastará para dibujar una imagen del mundo (Braudel, 2002: 45).⁹

A partir de aquí, Braudel emplea la palabra geohistoria con la misma doble acepción de la palabra historia: por una parte, hace referencia a la secuencia de los hechos («*res gestae*»), por otra, a la actividad de estudio («*historia rerum gestarum*») y pasa de uno a otro significado sin plantearse el problema de la diferencia de referentes para el mismo término. De hecho, inmediatamente después se compromete a apoyar esta primera aproximación al concepto de geohistoria («*res gestae*») con el ejemplo de los trabajos de algunos geógrafos franceses y alemanes («*historia rerum gestarum*»).

No crean ustedes por ello que las investigaciones en este punto sean extraordinariamente novedosas. La palabra sí, la cosa no. Piensen en el bello libro de Auguste Jardé,¹⁰ escasamente conocido, *Los cereales en la Antigüedad griega*. Creo que todo el mundo conoce los estudios de Victor Bérard sobre los paisajes de la Odisea¹¹ y, en este mismo orden de ideas, los hermosos trabajos de Hennig.¹² Pienso también en estudios como los de Hettner¹³ o de Philippson,¹⁴ geógrafos los dos, o en artículos del *Kulturgeographie*...» (Braudel, 2002: 47).

Sin embargo, estas referencias no son concluyentes como modelos de tratamiento geohistórico. Una referencia más apropiada es la obra del geógrafo Emil-Felix Gautier sobre el Magreb en el período medieval que analizaré más adelante en la sección dedicada a los ejemplos.

El término «geohistoria» («*res gestae*») aparece de nuevo a propósito de la clasificación de los hechos —algo de lo que el historiador puede ocuparse— y de la diferente velocidad de su transcurrir.

Quizás está ahí, en una distinción entre dos capas de historia profunda —de un lado la geohistoria, la historia cultural y la historia étnica, la historia de las

estructuras sociales; de otro, la historia económica y la historia política (dos capas que no tienen ni los mismos ritmos ni las mismas longitudes de onda)—, quizás sea ahí donde se encuentre uno de los puntos de vista más interesantes de la historia. [...] Pero no exageremos esta simplificación. [...] No olvidemos, sobre todo, que nosotros creamos nuestras divisiones, nosotros los historiadores y algunos otros. Lo social, el pasado, la vida, nosotros los iluminamos con proyectores de diversos colores: geohistoria, historia cultural, etc. (Braudel, 2002: 50-51).

LA CONCEPTUALIZACIÓN DE «GEOHISTORIA»: PRIMERA CONSTRUCCIÓN

Braudel introduce el nuevo término de «geohistoria» porque no estaba satisfecho de cómo la geografía era considerada y tratada tanto en los libros clasificados como «geopolíticos» como en los de geografía histórica. Para Braudel, los objetos de estudio son demasiado simplistas respecto a la necesidad de estudiar la sociedad en el espacio, a través del espacio y en sus relaciones con el entorno:

El defecto de la geopolítica, a nuestro entender, es que solamente estudia esta acción exterior en el plano de las realidades políticas; así, su objeto es el Estado y no la Sociedad considerada desde sus diferentes formas activas. **Por eso resulta útil la palabra más lata de geohistoria.** No nos costaría decir geografía histórica sin más, pero la palabra ha adquirido en nuestros manuales escolares un sentido realmente demasiado restringido, el del estudio de las fronteras políticas y de las divisiones administrativas.

Solo advierto una excepción en este campo, la del hermoso libro de Wilhelm Goetz, *Historische Geographie, Beispiele und Grundlinien*, publicado en 1904, un libro cuyo valor y novedad se ha destacado poco. La excepción confirma la regla (Braudel, 2002: 45-46)

El libro de Goetz, profesor de la Universidad Técnica de Múnich, describe el espacio del Mediterráneo y de la Europa septentrional en relación con la sociedad y con las civilizaciones que allí se habían desarrollado, analizando sus características agrupadas en largos periodos, desde la antigüedad hasta el final del siglo XIX.¹⁵ Este texto presentaba, por lo tanto, todos los ingredientes que también entrarían a formar parte de la receta historiográfica de Braudel: espacio, entorno, sociedad, larga duración y largos periodos.

Posteriormente, Braudel evoca, en apoyo de su idea de geohistoria y de su idea de duración, propio el principal teórico de la geopolítica, Karl Haushofer:¹⁶

Karl Haushofer dio una excelente definición de lo que yo llamo geohistoria: «El espacio —escribió— es más importante que el tiempo». ¿Se puede decir mejor? Los años y los siglos pasan, explica, pero el escenario sobre el cual la humanidad representa su interminable pero repetitiva comedia permanece idéntico a sí mismo. Sabemos que esta historia no se desarrollará en plena libertad. La escena significa posibilidades, significa también constantes imperiosas como pueden ser el clima, las estaciones, el relieve y otros factores de historia. [...] La geografía, por tanto, se ve enriquecida por continuidades, inmovilidades, llamémoslas repeticiones. Es la historia que no se mueve o que se mueve apenas. Los historiadores atentos a las variaciones, a la película de la vida de los hombres, no suelen verla (Braudel, 2002: 46-47).

Está claro que en este caso su pensamiento va hacia las experiencias vividas de las sociedades humanas y no a la operación historiográfica.

Por ello, el término geohistoria aparece otras veces en el segundo capítulo, pero ni las alusiones ni los ejemplos bastan para agotar los argumentos a favor de la idea de geohistoria como actividad de estudio. Por eso, en el tercer capítulo *Geohistoria: la sociedad, el espacio y el tiempo*, Braudel se enfrenta directamente al problema y lo desarrolla tanto proponiendo definiciones como apelando a ejemplos de tratamiento y reflexionando sobre la descripción como una importante forma de discurso. Así, encontramos aquí las definiciones orgánicas y los ejemplos de tratamiento más útiles.

ESPACIO + SOCIAL + TIEMPO = GEOHISTORIA

Lo social unido al espacio y sumado al tiempo constituye la fórmula para definir la geohistoria de forma breve. Esta fórmula requiere la transposición desde el trabajo geográfico sobre el estudio del espacio actual hasta el análisis de los espacios en relación con las sociedades agentes que actúan en el pasado.

La geografía trabaja por lo tanto sobre lo actual —ahí reside su debilidad y su fuerza—, sobre el mundo tal y como es, y si cuestiona el pasado, como suele hacer, no es por sí mismo sino como una explicación del tiempo presente. Intentar transponer este trabajo en el pasado, preguntarnos, por ejemplo qué geografía social

tuvo Francia en tiempos de Luis XIII, o tal o cual zona de América precolombina, constituye el programa de la geohistoria (Braudel, 2002: 67).

Aquí, la indicación de Braudel sirve para orientar los estudios históricos, pero, un poco más adelante, para sostener las razones de la geohistoria, Braudel reitera su visión de la vida «real»:

Pero podemos explicarlo de otro modo: la vida de una sociedad está en la dependencia de factores físicos y biológicos; está en contacto, en simbiosis con ellos; estos factores modelan, ayudan o estorban su vida y por lo tanto su historia... No toda esta historia sino una parte: aquella a la que proponemos llamar geohistoria (Braudel, 2002: 67).

Por lo tanto, la razón de peso es que solamente un enfoque geohistórico puede analizar e informar sobre los factores físicos y biológicos que plasman la vida social, permitiendo, además, problematizarla y explicarla.

Introducir así, en el problema geográfico, la coordenada del tiempo significa considerar la geografía humana como historiador, en toda la masa viva de sus problemas, de sus vínculos de causa a efecto (Braudel, 2002: 68).

Llegados a este punto, están ya todos los elementos constitutivos a incorporar en una definición que implica los dos significados de la palabra:

La geohistoria es justamente **la historia que el medio le impone** a los hombres a través de sus constantes, el caso más frecuente, o mediante sus ligeras variaciones, cuando estas llegan a entrañar consecuencias humanas —son muchos los cambios que pasan desapercibidos, siendo incluso desdeñados por la débil y corta medida del hombre—. Sí, ciertamente es así, pero la geohistoria es también la historia del hombre enfrentado a su espacio, luchando contra él a lo largo de su dura vida plagada de pesares y fatigas, que consigue vencer, o más bien soportar, al precio de un esfuerzo incesante y repetido. La geohistoria es el estudio de un doble vínculo, de la naturaleza con el hombre y del hombre con la naturaleza, el estudio de una acción y de una reacción, mezcladas, confundidas, incesantemente reanudadas, en la realidad de cada día (Braudel, 2002: 78).

También en este pasaje volvemos a encontrarnos con la repetida oscilación entre «*res gestae*» e «*historia rerum gestarum*». La definición se puede comprender mejor si

distinguimos los dos niveles en los cuales el término es mencionado. En la primera y en la segunda frase se hace referencia a la «historia realizada» (las «*res gestae*» contrapuestas a la «*historia rerum gestarum*»): la idea aquí es que en la realidad hay algunos fenómenos que se producen como consecuencia de los condicionamientos que el entorno impone a las sociedades humanas y otros que se producen debido a los efectos de la producción del espacio por parte de las sociedades humanas.

Solo en la tercera frase la geohistoria se convierte en la actividad del estudio («*historia rerum gestarum*») de los dos tipos de fenómenos, una actividad que construye la representación y la interpretación de los hechos generados por las relaciones que se establecen entre los entornos y las sociedades humanas.

La primera acepción es repetida de nuevo más explícitamente algunas páginas después:

Tenemos entonces dos geohistorias: el lado hombres y el lado naturaleza. En realidad, dos corrientes de velocidad diferente. Del lado naturaleza: la influencia del medio a grandes rasgos es inmutable [...] Esta historia es inmóvil o casi inmóvil, quiero decir que se repite indefinidamente en las mismas condiciones, en los mismos momentos: es el descenso de los rebaños hacia las llanuras de invierno y su ascenso hacia los altos pastos en verano; son, en el hemisferio norte, las cosechas y vendimias en las mismas fechas del año. [...] Del lado de los hombres ahora: su acción contra las cosas varía según las épocas, pero se ejerce lentamente. [...] Sin duda existen del lado de los hombres revoluciones geográficas, [...] pero exigen mucho, mucho tiempo para realizarse (Braudel, 2002: 82-83).

LA GEOHISTORIA PRACTICADA

Braudel no se limita a reivindicar, teorizar y definir la geohistoria; pasa con frecuencia de la abstracción a la ejemplificación. A lo largo de todo el texto aparecen referencias a obras que Braudel considera ejemplares y estas hacen, por una parte, más comprensibles las abstracciones y, por otra, más plausibles las prácticas historiográficas y las aplicaciones didácticas. Por eso es conveniente analizarlas con el fin de transferirlas en las prácticas de enseñanza.

El primer ejemplo adecuado a tal propósito está relacionado con la tematización de los hechos geográficos.

En este orden de ideas los libros más sugestivos siguen siendo los que Émile-Félix Gautier dedicó al Islam y,

especialmente, a los siglos oscuros del Magreb medieval. En segundo plano de esos siglos sin historia clara, ocultos para nosotros por la grisalla de las crónicas árabes, él ha tenido la habilidad de evocar **los escenarios naturales, la vida contrapuesta de nómadas y sedentarios, sus luchas en torno a los pastos y las ciudades**. Gautier ha vuelto a situar la geografía en el centro del debate. «*Geographia oculus historiae*», como escribió en uno de sus últimos estudios. Aquí nos encontramos lejos de esas introducciones geográficas en el pórtico de los libros de historia, una puerta que uno empujaba una vez y volvía a cerrar de una vez y para siempre. È.-F. Gautier nos explicaba el Magreb de la Edad Media a través del conflicto, repetición inagotable, de nómadas y sedentarios; es la suya una **explicación geohistórica** (Braudel, 2002: 47).¹⁷

Hay tres características que hacen del libro de Gautier un ejemplo conveniente: 1. La descripción de los escenarios naturales y la contextualización de la vida contrapuesta de los pastores nómadas y de los sedentarios urbanos; 2. El hecho de que la descripción geográfica no queda relegada a ser el pórtico introductorio sino que ocupa una parte central en el análisis; 3. El hecho de que los vínculos entre la sociedad y el entorno se constituyen en factores explicativos de la conflictividad de los grupos humanos en la región. Todo esto convierte la explicación en geohistórica.

Otro de los ejemplos es en negativo: un artículo de Pierre Monbeig, *Colonisation, peuplement et plantation du cacao dans le Sud de Bahia* (1937: 278-299). Braudel echa en cara al geógrafo la falta de atención hacia las sociedades de los pioneros que entre 1840 y 1890 colonizaron el territorio y esta desatención le hace exclamar: «Muy a menudo el geógrafo de nuestro país descuida así, en el marco de su estudio, no diré yo al hombre sino lo social...» (Braudel, 2002: 61).

Después él mismo demuestra cómo el análisis de la distribución de los hechos históricos en el espacio significa comprenderlos mejor. Lo hace describiendo las modificaciones y su duración en los territorios de la Lorena desde el siglo XIII hasta 1793, esbozo de un gran trabajo histórico. Inicia describiendo la situación en 1766, en el momento de su unificación con Francia. Le bastan unas pocas pinceladas:

¿Esta Lorena? Pobre y árido país boscoso, pantanoso, guijoso, con viñas siempre inseguras en sus puntos más favorables, con «labradores» a menudo miserables. Además los pobres manants [patanes, palurdos] de los vendimiadores de uvas verdes [...] (Braudel, 2002: 63).

que completará más adelante con descripciones meticolosas de la estructura espacial de los «clásicos pueblos de Lorena», de las tres zonas «pueblos, campos, bosques» y de los «tres géneros de vida» (Braudel, 2002: 63).

Después, entra en escena el cambio:

En el siglo XVIII, la Lorena experimentaría muchos cambios y casi un despertar. Si observamos atentamente sus pueblos, advertimos que todos o casi todos aumentaron entonces la superficie de sus tierras cultivables, ampliaron el perímetro de su límite municipal (Braudel, 2002: 63).

Y lo celebra mediante una comparación entre la disposición territorial del siglo XIII y aquella que se producirá cinco siglos después:

En el siglo XVIII, la línea del bosque, que permanecía inalterada desde el siglo XIII, se vio atacada por numerosos puntos y fue entonces cuando se fundaron las grandes granjas aisladas, sobre los terrenos poco fértiles, en general, de aquellos nuevos caseríos. En el siglo XIII nuevos pueblos, Laneville o Neufville o Neuveville, ocuparon el terreno conquistado y continúan montando guardia frente a sus bosques, a menudo en los amenazantes desfiladeros forestales, o entre el bosque y el valle. Los grandes propietarios, burgueses o nobles, solamente construyen granjas, ya muy apartadas de los pueblos. Esas granjas están escondidas en los bosques hostiles, situadas sobre suelos a menudo cubiertos de brezo y de helechos. Todas esas granjas han subsistido, han ido sobreviviendo hasta nuestros días (Braudel, 2002: 63-64).

Seguida por la aclaración de los factores explicativos:

Esta ampliación de las tierras en el siglo XVIII ha sido ligada a un aumento de la población lorenesa, y al necesario empleo de nuevos métodos agrarios. Literalmente, la Lorena rebosa de campesinos. Hay un sinnúmero de pobres y de itinerantes; estos últimos, obreros en busca de trabajo, eran estañadores, caldereros, cesteros, zapateros (los de Condé-en-Barrois), carreteros (los de Rembercourt-aux-Pots fueron célebres ya desde el siglo XVI). Una cadena continua conduce los árboles abatidos desde los Vosgos hasta Bar-le-Duc, que era entonces un puerto de la madera, donde los robles y los abetos de montaña eran lanzados al Ornain y de ahí, por agua, conducidos hasta el Sena. Crecimiento demográfico: hubo entonces que ampliar las tierras para alimentar a una población más numerosa y, a la vez, para facilitar su

subsistencia, también la industria se desarrolló: fábricas de tejidos en los Vosgos, fundiciones y forja en los valles del Meuse, del Ornain, fábricas de cerveza, por último, en los futuros departamentos de Mosa y de Meurthe (Braudel, 2002: 64).

Por último, relaciona las mutaciones territoriales con las decisiones tomadas por la sociedad lorenesa frente a las alternativas que ofrecía la Revolución francesa:

Todo esto nos ayuda a comprender en sus grandes líneas el drama que supondrá en el futuro la Revolución para la Lorena. Es fácil de adivinar: todo el proletariado agrario ha encontrado una salida en los ejércitos de la República y del Imperio. Para nuestros campesinos del este esto supuso una gran aventura. Piénsese que en 1793, durante la loca insurrección girondina, la Lorena siguió a los «federalistas» debido a su posición sobre las líneas de retaguardia de los ejércitos combatientes, de la defensa nacional y de la Revolución todo a la vez. Pero la Lorena no se movió. No cabe duda que no fue la única provincia que salvó entonces a la vez a la región y a la República, pero obsérvese que contribuyó mucho a ello y que su participación en la aventura militar realmente la soldó a Francia [...] (Braudel, 2002: 64).

La conclusión contiene el significado de una pequeña operación historiográfica, con su reivindicación del poder iluminador de la geografía cuando los historiadores la tienen en cuenta para aclarar y explicar los procesos históricos.

No digo que la historia del este deba deducirse del aumento del espacio dedicado a las tierras cultivadas, de ese pequeño indicio geográfico. No, desde luego que no. Pero este ejemplo, elegido a voluntad, nos muestra bastante bien un aspecto geográfico de un amplio movimiento de historia; el hecho geográfico es aquí uno de los eslabones de la cadena, nada más, aunque considerable, pues **siempre hay un eslabón geográfico, y a veces más de uno, en la cadena de los hechos sociales**. ¡Que los historiadores y demás nunca lo olviden! **Aquí, como en otros lugares, la geografía no nos ayuda a verlo todo sino a ver mejor** (Braudel, 2002: 64-65).

Cabe señalar que, en el caso de la Lorena, el eslabón geográfico compone una cadena que se desarrolla a lo largo de unas pocas décadas, es decir, no se trata de un periodo de larga duración. Sin embargo, el último ejemplo hace referencia a la ópera prima de Braudel, donde se sitúan en primer la larga duración y la permanencia de los condicionamientos geográficos:

En un libro reciente tuve que ocuparme de la historia del Mediterráneo en el siglo XVI. Con ese título no pretendí aprehender únicamente la historia de los gobiernos y de las flotas de guerra, de las economías, sociedades y civilizaciones, todos esos suntuosos pasados, sino también la historia monótona, aunque en cualquier caso potente y suntuosa, de esas **restricciones permanentes que son los relieves, los suelos, los climas y los entornos de vida**. Intenté encontrar la importancia constante y orgánica del reparto de las tierras y los mares, el papel histórico regular de las estaciones [...] (Braudel, 2002: 67).

La conclusión sintetiza la tarea de la geohistoria en el menor número de palabras posible:

Introducir así, en el problema geográfico, la coordenada del tiempo significa considerar la geografía humana como historiadores, en toda la masa viva de sus problemas, de sus vínculos de causa a efecto (Braudel, 2002: 68).

LA DESCRIPCIÓN COMO FORMA DISCURSIVA IMPRESCINDIBLE

A propósito de la Lorena en el siglo XVIII, Braudel consigue con un breve texto hacernos imaginar —casi ver— el mundo rural con la estructura espacial de los pueblos y la zonificación de las áreas cultivadas y boscosas. Nos demuestra así el poder de la descripción y, precisamente, a la forma descriptiva que prima en la comunicación de los conocimientos geográficos, y por lo tanto, geohistóricos, Braudel le dedica una especial atención.

Además, describir es un modo de conocer: ver y ver bien es el primer cometido del geógrafo. Y es una materia inagotable [...] Además de que, cuando el trabajo está terminado, casi siempre, antes o después hay que volver a empezar desde el principio, pues las palabras que utilizamos para pintar envejecen muy rápido. [...] Hay que cambiarlos, renovarlos, en fases muy próximas, tanto más porque hasta la tierra se transforma, porque los pueblos evolucionan, continuamente hay que volver a visitarlos (Braudel, 2002: 55).

Indica modelos de descripción eficaz y evocativa:

Vidal de la Blache ya ofreció el ejemplo, no el primer ejemplo por supuesto, en su admirable *Cuadro de la geografía de Francia*. El suelo, el relieve, las superficies de agua, el cielo, la vegetación (en sus líneas como en sus masas), el conmovedor rostro humano

de Francia, él supo captarlo con una maravillosa inteligencia, con una ternura menos romántica pero que no deja de recordar a Michelet, mediante una descripción densa, con anotaciones breves, nerviosas, en trazos claros, incisivos y en colores francos, con un agudo sentido de la armonía de los planos. Todo ello con la sobriedad propia de un clásico: nada de florituras en esta escritura apretada, y quizá excesivamente apretada, del maestro (Braudel, 2002: 56).

Menciona los procesos de descomposición del espacio de un territorio regional:

Hay otra manera de describir, y de describir mejor, que recurrir al escenario de la región natural. Esto supone descomponer un espacio, abigarrado por naturaleza, en pequeños espacios que son aproximadamente del mismo color y donde los caracteres geográficos son sensiblemente iguales (Braudel, 2002: 56).

Por último, atribuye a la descripción la posibilidad de evidenciar los elementos explicativos:

Describir. Pero falta explicar. La geografía es una «descripción racional»; se ha consolidado a lo largo de estos últimos cincuenta años, e incluso antes, como una ciencia del paisaje, o digámoslo de forma más precisa, un estudio científico del medio natural o geográfico, o más exactamente aún, del medio físico y biológico (Braudel, 2002: 57).

Y pone como ejemplo los nexos explicativos «regulares»:

Una sociedad crece en número; de pronto, la economía cambia y el espacio también, al menos el espacio ocupado, trabajado por el hombre; nosotros lo decíamos a propósito de Lorena en 1789, podríamos decirlo con mayor motivo, y el ejemplo resultaría más convincente para la superpoblada Europa de los siglos XII y XIII, por entonces febrilmente en busca de tierras nuevas que debía ganar a los bosques, a los terrenos pantanosos o al mar (Braudel, 2002: 69).

Téngase en cuenta que alude a cambios que tienen lugar en períodos no de larga duración.

EL MIEDO A LA GEOHISTORIA

Braudel ha calificado «geohistoria» como una palabra fea pero, de hecho, es muy eficaz y, por qué no, un muy buen acierto si se quiere evocar el acuerdo o la convergencia de dos pensamientos y miradas, la geográfica y la

histórica, en la operación de reconstruir e interpretar los hechos sociales históricos, contextualizados en un entorno y en un territorio gracias a una aplicación intensiva de operaciones cognitivas espaciales.

La geografía temblorosa

La propuesta de Braudel debería enorgullecer a los geógrafos, ya que reivindica para la geografía un papel decisivo en la comprensión de los hechos sociales del pasado. Y, además, el concepto debería ser aceptado constructivamente en la elaboración de las teorías geográficas. Sin embargo, la reacción no es para nada de orgullo o ambición. La geografía es declarada temerosa frente a la perspectiva de ser puesta en relación con la historia, al igual, por otro lado, que otras disciplinas. Se puede observar esta perspectiva en un libro de Armand Frémont destinado a valorizar la geografía. En el capítulo titulado *La geografía incierta*, Frémont valora la geografía respecto a su lugar dentro del mundo académico y en su relación con otras disciplinas:

Sin embargo, su valor no es mayor en el concierto de las letras, sin la insignia de los literatos «puros», el prestigio de los filósofos o **la antigua fascinación de la historia respecto a la cual esta [la geografía] aparece a menudo como un elemento extraño, una disciplina auxiliar**. En Europa y en América del Norte, los geógrafos trabajan en el seno de pequeñas comunidades científicas y son mucho menos reconocidos socialmente respecto a las «grandes» disciplinas, aquellas de premio Nobel o de grandes tiradas en las librerías. La confusión no se detiene en el sector de la institución universitaria. Esta depende, en primer lugar, de los antiguos contactos con otras ciencias muy diversas, como ya se ha visto: la cosmografía, la matemática, la cartografía, la ingeniería, las ciencias de la navegación y las ciencias naturales, la etnología y la antropología, la historia, etc.

Por supuesto, toda ciencia está cerca de las otras y es influenciada por ellas pero, sin ninguna duda, la geografía presenta una extrema heterogeneidad en su relación con otras disciplinas. Igualmente, el paradigma geográfico ha sido progresivamente más difícil de definir pero se integra en el florecimiento de las ciencias sociales, evento capital del último medio siglo. Casi todos descubren que hay siempre un poco de «espacio» a insertar cuando se habla de los hombres... Así pues vemos a historiadores, antropólogos y naturalistas que «hacen» geografía, pero también a economistas (la ciencia regional), juristas (el derecho de la gestión territorial, de las comunidades locales, el derecho inmobiliario, etc.), sociólogos (el espacio

en las relaciones sociales, etc.), literatos (el espacio de una obra, el territorio de un autor, de un héroe, etc.), psicólogos (la psicología del espacio, etc.), filósofos de la ciencia y del comportamiento, etc. La lista es bastante incompleta y debe necesariamente limitarse a algunos ejemplos. La geografía y los geógrafos corren el riesgo de perder la propia alma, es decir, el corazón de su profesión, en el momento en que muchas otras disciplinas la descubren. Incierta, la geografía tiembla (Frémont, 2008:76-77).

Pero ¿por qué la geografía y los geógrafos se arriesgan a perder la propia alma, es decir, el corazón de su profesión, en el momento en que los historiadores asumen sus paradigmas, sus métodos y sus análisis para hacer los conocimientos históricos más profundos, cuando los mismos geógrafos emplean el método histórico para reconstruir los procesos de transformación o la continuidad de los paisajes, entorno y territorios? ¿O cuando los geógrafos transponen sus métodos para construir conocimientos sobre entornos, territorios y espacios del pasado?

Braudel no ha soñado nunca hacer desaparecer la identidad de la geografía hundiéndola en su inmersión en la historia. Lo ha dicho de nuevo explícitamente en 1951: «No hay nada de malo en que esta [la geografía] busque en sí misma sus propios métodos y sus propias tareas, que los precise y los desarrolle, totalmente de acuerdo» (Braudel, 1986: 291) y ha afirmado que los cruces disciplinares mejoran la investigación y la formación disciplinar.

Sin embargo, no puede ser en nombre de sus objetivos que la geografía pueda justificarse y expandirse. Esto solo puede suceder trabajando activamente en todos los campos de la investigación social. La geografía debe construir y articular su enseñanza y su investigación en unidad con esta investigación superior (Braudel, 1986: 291).

Braudel ha invitado a los historiadores a entrar en la escuela de los geógrafos y a transponer objetos y métodos geográficos en la construcción de los conocimientos del pasado. Por lo tanto, la geografía debe continuar manteniendo su identidad y especificidad disciplinar en campo académico y en los planes de estudio escolares. Y debe también continuar produciendo sus propios paradigmas y sus propios conocimientos con sus propios métodos. La geohistoria no es una amenaza o un atentado contra su supervivencia.

Por otra parte, se usan los términos «geopolítica» y «geofilosofía» sin que exista el temor de ahogar a la geografía en la política o en la filosofía e igualmente, en otros cruces

disciplinarios, los campos de investigación denominados como «bioquímica» o «astrofísica» no han hecho desaparecer las disciplinas que los constituyen. ¿Cómo se podría llegar a ser competente en la aplicación de métodos geográficos en el estudio del pasado sin haberlos aprendido antes frecuentando el campo específico de la geografía?

Los historiadores: la preferencia por la expresión «geografía histórica» y la confusión conceptual

En los glosarios de metodología histórica aparecen más habitualmente las voces «geografía histórica» y «geografía e historia» que la más explícita y directa de «geohistoria». Es así en las tres obras francesas que presentamos a continuación.

Encontramos la palabra geohistoria como título del capítulo, *La géohistoire*, que firma Charles Higounet en la obra colectiva *L'histoire et ses méthodes* dirigida por Charles Samaran y publicada en 1961 (Higounet, 1965: 68-91). Sin embargo, tras un tributo a la obra maestra de Braudel, *La Méditerranée...*, y después de haber indicado justamente el programa de la geohistoria como la investigación del papel del entorno como factor de explicación histórica y como conocimiento de la magnitud de las influencias geográficas y de las relaciones humanas en el desarrollo de los fenómenos históricos (Higounet, 1965: 73), Higounet prefiere el nombre de «*méthode cartographique*» y se deshace del concepto de geohistoria. Es más, en la sección *Géohistoire et géographie historique* no hace más que esbozar una historia de la geografía histórica para llegar a definirla, clara y oportunamente, como la reconstrucción del pasado geográfico, la restitución de un estado geográfico en un período pasado, que fue capaz de escapar a la conciencia de la sociedad en aquella época. ¿Y la geohistoria de Braudel? Según Higounet, esta no hace más que atravesar los cuadros geográficos retrospectivos con los eventos de la historia política. «De este modo, junto a la geohistoria, que es en definitiva la verdadera historia total, es conveniente conservar el nombre tradicional de geografía histórica pero insuflando en esta el nuevo contenido» (Higounet, 1965: 75). A esta frase le sigue un párrafo que expone el programa de la geografía histórica y una amplia lista de sus temas: las etapas de los poblamientos, los asentamientos y las formas del hábitat y de los campos, la evolución de las técnicas de cultivo de la tierra, los espacios urbanos cuyo estudio da lugar a una sucesión de geografías, las carreteras y los medios de comunicación son también un buen tema de geografía retrospectiva, etc., etc.

Diecisiete años más tarde, en la obra dirigida por Jacques Le Goff, *La nouvelle histoire*, encontramos un artículo

de J. P. Raison titulado *Géographie historique* (1978). Con razón, Raison reivindica para los grandes trabajos de geografía regional de las primeras décadas del siglo xx el mérito de haberse ocupado de la historia de las masas trabajadoras mientras los historiadores seguían dedicando su atención solo a los grandes personajes. Y no considera imperialista la llamada de los historiadores de los *Annales* a la geografía. El diálogo entre las dos disciplinas puede encontrar su lugar en la visión total de la evolución de la humanidad. Raison repasa críticamente las obras de los geógrafos que han recurrido a la historia, en primer lugar, porque «la geografía histórica es, por sus métodos de razonamiento, una geografía».

En segundo lugar, Raison analiza las obras de los historiadores que han aceptado las sugerencias de la geografía y han pasado a una elaboración más integrada en la cual la utilización y la organización del espacio penetran en la trama/en el tejido del tiempo. Y se pregunta en relación a ellos «¿vemos nacer aquí una geo-historia [sic con el guión] o una geografía histórica?», respondiendo que son raros los estudiosos que se refieren a dichos términos. Sin embargo, en el artículo el término geo-historia aparece más veces. La primera vez, lo hace para recordar que Braudel formulaba un programa para la geo-historia en su obra maestra, y cita de esta un pasaje extraído de la conclusión de la primera parte, *L'ambiente*, en la segunda edición francesa. Sigo aquí la traducción de la edición italiana publicada en 1953 con algunas diferencias y omisiones:

«Situación los problemas humanos vistos como distribuidos en el espacio y, si es posible, cartografiar una geografía humana inteligente, sí, claro, por supuesto; pero situarlos no solo para el presente y en el presente, sino también en el pasado, teniendo en cuenta el tiempo; desconectar la geografía de la investigación de las realidades presentes [...] obligarla a pensar de nuevo con sus métodos y su espíritu las realidades pasadas y, por lo tanto, lo que se podría definir como el «devenir de la historia». [...] Hacer de ella una verdadera geografía humana retrospectiva, obligar así a los geógrafos (y esto sería relativamente fácil) a prestar más atención al tiempo y a los historiadores (y esto sería más difícil) a preocuparse más del espacio y de lo que este sostiene, produce, facilita o opone; inducirles, en definitiva, a tener debida cuenta de su formidable permanencia» (Braudel, 1966, 1951).¹⁸

El resto de las veces se distancia de Braudel. Raison le reprocha que no escapa del todo, en una disciplina que no es la suya, de deslices peligrosos: «[...] el “largo tiempo” no es la eternidad. [...] Situada en el tiempo, la geografía (es decir, el entorno geográfico) tiene también su evolu-

ción y sus cambios de ritmo. Sin formularlo de forma explícita y ciertamente si querer, puede parecer que F. Braudel reserva a la geo-historia la tarea de trazar amplios cuadros en una época determinada, de completar con armoniosa información el papel de P. Vidal de la Blache en la introducción de la *Histoire de France* de Lavissee (Raison 1978: 185-186). Más adelante, aumenta el reproche: «El estudio de la evolución de los sistemas espaciales en el tiempo, valorizado poco claramente por F. Braudel pero elemento indiscutible de la geografía histórica, es plenamente geográfico, tanto si llega como si no al tiempo presente, tanto si trata o no, de manera explícita, de comprenderlo» (Raison 1978: 185-186). En cambio, Raison considera un buen elemento de la geo-historia el conocimiento de las fluctuaciones históricas de la demografía que hacen visibles las fases de conquista y de valorización del espacio y las fases de abandono.

Hay algunas cosas a tener en cuenta:

1. Braudel había tomado el problema de frente titulado la conclusión *Geohistoria y determinismo*.

2. Había empezado con una pregunta: «¿Han sido capaces las páginas anteriores de iluminar, con total luz, los complejos problemas de la historia del espacio mediterráneo en sus relaciones con la historia general?» (Braudel, 1966: 395); a la que respondía: «No, evidentemente. Serían necesarios complementos, justificaciones. Los complementos podría referirse solo al factor humano (el resto del libro se dedicará lo mejor posible); las justificaciones podrían ser solo de método» (Braudel, 1966: 395).

3. Después continuaba, por lo tanto, con la explicación metodológica iniciando a proponer la palabra «*geohistoria*: ¿merecería nuestro ensayo llevar este nombre si fuésemos capaces de aclimatar en francés este vocablo de bárbaras consonantes? Esta palabra evoca aquella de *geopolítica*, del resto mucho más aceptable para nuestros oídos. Sin embargo, sentimos la necesidad de crear un vocablo diferente respecto a la palabra alemana usada por algún escritor francés porque, hablando de geohistoria, nuestra intención es designar algo completamente diferente de lo que implica la geopolítica; nada más histórico y más amplio que la simple aplicación a la situación presente y futura de los estados de una historia espacial esquematizada y, la mayoría de las veces, orientada *a priori* en un cierto sentido. De hecho, un doble modo de avanzar» (Braudel, 1966: 395-396).

4. Concluye con la afirmación explícita de su intención de fomentar la alianza entre historia y geografía: «Esta es la ambición de esa geohistoria de la que nos atrevemos ape-

nas a pronunciar el nombre; esta es la ambición de este libro y, para nosotros, su verdadera razón de ser, la justificación de su acción a favor de una convergencia de las dos ciencias sociales, la historia y la geografía, cuya separación no trae ninguna ventaja» (Braudel, 1966: 396).

Se siente la resonancia de la conferencia realizada en cautiverio, pero a diferencia de los múltiples y complementarios ejemplos presentes en el cuaderno, aquí geohistoria se aplica solo a la larga duración de las estructuras espaciales del Mediterráneo descritas en la primera parte del libro. Por este motivo, la palabra ha entrado en el círculo académico con una conceptualización monocorde. Además, Braudel eliminó esas justificaciones en la siguiente edición de la obra y *Histoire, mesure du monde* fue publicada en 1997. De ahí, por lo tanto, que se le haya adherido la conceptualización que cierra la primera parte de la obra publicada en 1949. Sin embargo, la conceptualización de su cuaderno de cautiverio es mucho más articulada y abierta y es confirmada en la reseña que Braudel dedicó en 1951 al libro del geógrafo M. Le Lan-nou, *La géographie humaine* (1949), donde encontramos de nuevo la palabra con un añadido de significado: «Tratad de pensar en la *historia geográfica* que he intentado desarrollar y hacer que avance bautizándola *geohistoria*» (Braudel, 1951: 280). Y de nuevo, nos encontramos una conceptualización que se libera de la dimensión única de la larga duración de los ambientes inmutables:

«Nosotros estamos por tanto encantados de ver la geografía manos a la obra, allí donde los más imperialistas de nuestros colegas no siempre son capaces de verla —es decir, en el centro de todas las investigaciones sobre la vida de los hombres del pasado, del presente y del futuro—. Si, siguiendo las pistas de autores quizá mal informados, intento establecer una correlación entre los asentamientos okumis en el África atlántica y las viejas rutas del tráfico de esclavos, tengo que hacer, en cuanto historiador, una investigación geográfica. Del mismo modo, un enfoque geográfico es obligado, o cuando menos debería serlo, en todos los procesos de investigación social. Es más, me atrevería a decir que los etnólogos, los antropólogos culturales, los eruditos apasionados de historia de las civilizaciones que, al acercarse a un área cultural, no la consideran como un espacio a analizar a toda costa y en todos sus aspectos, cometen un pecado contra el espíritu. [...] H. Pirenne, tomando su caso como ejemplo, al acercarse al Mediterráneo y verlo abrirse y cerrarse a la circulación de los barcos sin por ello estudiarlo en su realidad, en su fisiología, cometió también, si se me permite la expresión, un pecado capital [...]» (Braudel, 1951: 280).

En estos dos ejemplos, Braudel imagina el análisis geográfico menos a la obra en la reconstrucción de fenómenos de media duración y de cambio.

Sin embargo, este modo de concebir la geohistoria no es tenido en cuenta ni siquiera en otros diccionarios publicados después de 1951 y de 1997.

En el *Dizionario di storiografia* (De Bernardi, A. Guaracino, S. (ed.), 1996) encontramos la palabra entre paréntesis en la entrada *geografía histórica* (o *geohistoria*), considerada, por lo tanto, como un sinónimo. Sin embargo, la entrada es clasificada como una línea de la **investigación geográfica** que estudia el territorio como formación histórica y utiliza la explicación histórica para comprender las características geográficas de los lugares. Una especialidad reciente de la geografía, a pesar de que la cronología y las características de su desarrollo varían en cada país. El diccionario presenta el caso inglés y el francés. Inglaterra y Francia son los paradigmas de dos trayectorias diferentes y fundamentales de la disciplina. En Inglaterra, y parcialmente en Polonia, Escandinavia y Alemania, la experimentación de la metodología y de la investigación geohistórica se llevó a cabo antes que en otros países y un cierto tipo de reflexión que, por ejemplo, en Italia se está todavía llegando a cabo, ya ha sido desarrollada por los estudiosos anglosajones. En una fase inicial de la evolución de la disciplina, que en referencia a Inglaterra se puede definir como *geografía histórica tradicional*, se llevaron a cabo estudios con el objetivo de reconstruir situaciones territoriales del pasado (*geografía del pasado*). El autor de la entrada, M. P. Balbi, es deudor de un libro escrito por un geógrafo (Baker, 1981).

Por último en una obra muy reciente, la palabra es usada casualmente a propósito de Braudel por Patrick García (2010) que recorre rápidamente la dinámica de las relaciones entre las dos disciplinas en el ámbito escolar y académico desde principios del siglo XIX. Hace más rígida la concepción de Braudel expresada en el libro publicado en 1949 (amplitud espacial, larga permanencia, predisposición al determinismo) y afirma que dicha concepción no ha creado escuela ya que solo Chaunu se ha atrevido a observar el amplio espacio del Atlántico, mientras que la mejor prueba de la alianza entre geografía e historia la han proporcionado los autores de las grandes monografías regionales publicadas en las décadas de 1960 y 1970. García no menciona las ideas expuestas por Braudel en su obra metodológica escrita durante su cautiverio ni tampoco la cita. Asimismo tampoco es posible encontrar referencias a dicha obra en el artículo que el geógrafo Christian Grataloup ha dedicado a Fernand Braudel en el

Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés, editado bajo la supervisión de Jacques Lévy y Michel Lussant en 2003.¹⁹ Grataloup sostiene que la geografía que conoce y utiliza Braudel es principalmente el estudio del medio ambiente natural y de los ritmos sociales y económicos que dependen intrínsecamente del mismo.

Si Braudel es tan bueno como geógrafo cuanto lo es como histórico no es solo porque ha aprendido a localizar el evento en relación con su entorno o medio ambiente, sino también porque además ha reflexionado siempre sobre la posición relativa de los fenómenos históricos en su relación los unos con los otros. Esta geografía histórica, en la cual el concepto «economía-mundo» es solamente su aspecto más formalizado, ha contribuido enormemente a acabar con la historia explicada con su localización, incluso cuando el lugar era amplio. Para Braudel, en cambio, no hay ningún evento que no esté situado en el juego de las relaciones entre los diferentes niveles entrelazados hasta la escala mundial. La geografía de Braudel puede presentar duraciones muy largas, pero estas están siempre en movimiento. Nada se adquiere de una vez por todas, pero tampoco nada se produce por casualidad. La pareja de conceptos «economía-mundo» (el espacio de una civilización geográficamente policéntrica) y «imperio-mundo» (el espacio de civilización más unificado desde arriba) resulta ser extremadamente fértil, sobre todo para pensar temporalmente la escala geográfica. De este modo Braudel invita, con su ejemplo, a construir una geografía de la historia. Obviamente, la adhesión del geógrafo va al tipo de geohistoria practicada por Braudel en sus obras más importantes.²⁰

Los profesores de historia y geografía

La mayoría tiene miedo de la geohistoria porque no saben cómo manejarla. Han tenido una formación inicial que les ha acostumbrado a creer que el sistema del libro de texto (cronológico-lineal y centrado en temas estandarizados) de historia general es «natural» e inevitable. La formación recibida inhibe la capacidad de pensar geohistóricamente. Ni los directores o redactores de las editoriales escolares ni los autores de los libros de texto consiguen producir conocimientos geohistóricos y lo único que se les ocurre para responder al estímulo de las indicaciones ministeriales es reunir en un solo volumen el libro de historia y el de geografía. De este modo, dan una visión infeliz y desalentadora de la perspectiva geohistórica y tiene razón Brusa cuando denuncia que «el riesgo, de hecho, de este enamoramiento colectivo por la «geohistoria» es que su previsible fracaso conduzca al abandono definitivo del serio ideal de didáctica integrada de las dos disciplinas» (Inédito).

Sin embargo, no hay tal enamoramiento sino solo una reacción confusa y preocupada respecto a la novedad de las indicaciones ministeriales que invitan a producir conocimientos geohistóricos. Se produce así una paradójica contradicción: el texto ministerial no establece la disciplina Geohistoria, pero si se busca el término en la red aparecen una serie de páginas de institutos de educación secundaria que prometen programas de GeoHistoria (con las dos iniciales mayúsculas que señalan la fusión de las dos disciplinas). Todas las páginas web de las editoriales escolares prometen soluciones pero la confusión y el temor pueden generar el mismo efecto del enamoramiento: la irrelevancia de la propuesta ministerial de relacionar las dos disciplinas. La propuesta permanece vigente pero editoriales y profesores la interpretan de tal modo que terminan por neutralizarla.

UNA CUESTIÓN DE TRANSPOSICIÓN DIDÁCTICA

Sería de locos intentar clasificar y comentar los numerosos libros y artículos, tanto en Francia como en el mundo anglosajón, que han debatido a nivel metodológico el problema de la intersección entre las dos disciplinas. La disparidad de puntos de vista, la multiplicidad de enfoques y de soluciones propuestos en el campo académico podría ser paralizante. Pero en la enseñanza debemos coger de la producción científica aquello que nos sea útil para la formación de habilidades y conocimientos de los estudiantes y trasladarlo a la enseñanza realizando ejercicios de transposición didáctica de los métodos posibles y de los modelos de construcción de conocimientos más adecuados. Tenemos que pensar en términos de geografía aplicada a la historia y de historia aplicada a la geografía.²¹ Intentemos primero desentrañar la maraña de conceptualizaciones en beneficio de las prácticas didácticas.

Hemos visto ya que en los textos de metodología académica predomina la preferencia por «geografía histórica» y que, a menudo, «geohistoria» es considerada un simple sinónimo.

Sin embargo, los dos términos no son intercambiables. La «geografía histórica» es considerada un campo de investigación de la disciplina geográfica mientras que el término «geohistoria» puede aplicarse a la operación de construcción del conocimiento que tiene lugar en campo historiográfico. La diferencia es fácil de establecer. En la geografía histórica, la tematización concierne a la geografía en el sentido de que toma como objeto y motor de la construcción del conocimiento el entorno, el territorio

y el espacio e intenta responder a las preguntas: «¿Cómo eran en el pasado? ¿Cómo han cambiado en el pasado? ¿Cómo se han convertido en lo que son ahora?». Por lo tanto, el pensamiento y el análisis históricos son aplicados para reconstruir y explicar la estructura del espacio, de los lugares, del paisaje, del territorio y del medio ambiente. En cambio en la geohistoria, el pensamiento y la mirada geográficas son convocados en la reconstrucción y explicación de hechos históricos. Las tematizaciones son aquellas propias de la historiografía y las preguntas a las que se responde son: «¿Cómo el conocimiento geográfico del ambiente/entorno, del territorio, del paisaje y del espacio hacen más comprensible la reconstrucción histórica y más eficaz su explicación?».

Braudel lo señala ulteriormente con la frase:

La geografía proyecta una luz sorprendente sobre las complicaciones, los millones de hilos que constituyen la vida humana. En todo estudio sobre el pasado, en todo problema actual, siempre encontraremos en la base, exigente y constante, luminosa también para quien realmente quiera observarla, esta zona que hemos designado con la palabra no del todo buena de geohistoria (Braudel: 2002, 67).

UN CAMINO ABIERTO: LA DOBLE BATALLA DE BRAUDEL Y LA DIDÁCTICA

Con su argumentación, Braudel pretendía rescatar a la geografía de su «inacabamiento» y a la historia de la pobre consistencia en la reconstrucción de hechos sin ninguna relación con el entorno, el territorio y el espacio. Las soluciones que Braudel teorizaba, ejemplificaba y ponía en práctica personalmente eran fecundas y proféticas. Tras la aparición de su obra, otros historiadores han integrado la representación geográfica en la reconstrucción y explicación de hechos históricos. Creo que el uso de estudios en los que los historiadores sean geógrafos del pasado y los geógrafos practiquen la historia en sus representaciones contribuiría enormemente a la formación de la cultura y de las competencias de los profesores. El análisis de las estructuras espaciales está ya presente en muchas obras de historia rural, urbana y social y en muchas obras de historia general.

También el paisaje se ha convertido en un personaje histórico gracias a los estudios sobre geografía histórica. Tomemos como ejemplo el caso francés. En 1934, el geógrafo Roger Dion publicó *L'Essai sur formation du paysage rural français* en el que estudiaba la evolución de la campiña francesa entendida como el paisaje que se

presenta delante de los ojos y como el conjunto de comportamientos humanos que le han dado forma. Siguiendo las reflexiones de los geógrafos pero profundizando en ellas, el historiador George Duby hizo del análisis del paisaje un instrumento eficaz en la comparación histórica (Russo, 1996). Para entender cómo se producía el trasvase de uno al otro campo disciplinar, damos la palabra directamente a Duby, que rinde cuentas de su deuda con la formación geográfica, de la influencia de la geografía en sus decisiones historiográficas y del vaivén de sus pensamientos entre los modelos geográficos y los históricos:

«He cogido deliberadamente como objeto de estudio una formación social, la sociedad que llamamos feudal, una sociedad cuyas estructuras se formaron en una época en la que las ciudades y los comerciantes no contaban para nada, en la que todo formaba parte de lo rural. ¿Por qué esta decisión? En primer lugar, porque yo he sido formado por geógrafos, más que por historiadores, y porque estos me han aconsejado muy pronto que leyese los *Annales d'histoire économique et sociale* y a Marc Bloch.

El geógrafo mira un paisaje y se esfuerza por explicarlo. Sabe que ese objeto, una verdadera obra de arte, es el producto de una larga elaboración, que ha sido plasmada a lo largo de los tiempos por la acción colectiva del grupo social que se asentó en ese espacio y que lo sigue transformando todavía. Por lo tanto, el geógrafo se siente obligado a estudiar en primer lugar lo material, es decir, los elementos físicos modelados poco a poco por ese grupo social pero también a estudiar con igual atención las fuerzas, los deseos y la configuración de ese grupo, y por lo tanto convertirse más o menos en historiador. Como ha hecho, por ejemplo, Etienne Juillard para comprender el aspecto que presentaban los pueblos, la red de carreteras y los campos en Alsacia. Como André Allix, que dirigió mi primera formación. Allix colaboraba con los *Annales* y había trabajado durante largo tiempo en los archivos del Delfinado sobre registros del siglo xv, convencido de no poder explicar adecuadamente los paisajes actuales de Oisans sin saber cómo esas montañas habían sido ocupadas y explotadas en la Edad Media.

Antes de convertirme también yo en historiador, bajo la guía de este maestro me había dirigido hacia otra concepción de la historia. [...] No menos decisiva fue la estrecha relación que mantuve con los *Annales d'histoire économique et sociale*. Siendo todavía estudiante, había examinado sistemáticamente los primeros diez años, es decir, la colección completa.

[...] De Marc Bloch leí, pero mucho más tarde, *Les Rois thaumaturges*. Por el contrario, leí tempranamente *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*. Ya había hecho mi breviario cuando, todavía aprendiz de geógrafo, estudiaba las estructuras agrarias sobre los catastros y los mapas: abriendo el libro hace poco me di cuenta de que sabía casi de memoria páginas enteras» (Duby, 1992: 10-12).

De este modo, el historiador-geógrafo decide estudiar el paisaje como proceso activo, siempre en curso de elaboración, modelado sin cesar por los valores y las prácticas de los grupos sociales. La configuración de Duby encontrará cobijo en la escuela geográfica de Toulouse que, a principios de la década de 1970, no está satisfecha con hacer solo la descripción del paisaje sino que quiere indagar sobre los contenidos y los modos de funcionamiento (Russo, 1996: 39).

Respecto a la historia italiana, me limito a señalar solo algún ejemplo. En 1973, Pierre Toubert ha escrito una tesis doctoral titulada *Les structures du Latium médiéval*: dos volúmenes que describen las investigaciones históricas sobre el territorio del Lazio meridional y la Sabina, desde el siglo ix hasta finales del siglo xii. Toubert describe el fenómeno del *incastellamento*, analizando específicamente la transformación progresiva del territorio del asentamiento disperso a las aldeas fortificadas. Por esta obra, le fue concedido el prestigioso Premio Galilei y su carácter geohistórico fue comprendido por los historiadores que escribieron la motivación para concederle el premio:

El Lazio de Toubert es, al mismo tiempo, una realidad natural (suelo, agua, vegetación) y social, un lugar de ejercicio de poder y de jurisdicción señorial, un campo de experimentación privilegiada de proyectos de reforma eclesiástica, el territorio de un estado en curso de formación (el Estado de la Iglesia), un área de circulación monetaria (el «bimetallismo argenteo») y, sobre todo, el teatro de una transformación radical de las formas de ocupación de la tierra, relacionada con la construcción entre el siglo x y el siglo xi de aldeas fortificadas (castra) en lugar del hábitat disperso característico de los siglos anteriores. Y de hecho, precisamente alrededor de este último punto (el *incastellamento*) Toubert logra articular su entera obra [...].²²

Posteriormente, en su discurso de agradecimiento, Toubert ha recordado explícitamente su deuda con la escuela histórica francesa que «ha sabido unir en paridad historia y geografía. Desde el siglo xix, siempre ha estado atenta a examinar los hechos institucionales, jurídicos y socio-

económicos desde la perspectiva de un continuo entrelazarse de las vicisitudes de los hombres con los elementos del ambiente natural en el que el hombre vive y actúa. No se trata, por supuesto, de postular un cualquier determinismo por el que el hombre resulta un mero objeto pasivo de la naturaleza. Muy por el contrario, espera al historiador la tarea de animar una rica dialéctica entre los factores naturales y los culturales (técnicos, sociales, religiosos, ideológicos).»²³

En otros ensayos, Toubert ha continuado haciendo geografía humana aplicada a la historia. Por ejemplo, en *Paysages ruraux et techniques de production en Italie méridionale dans la seconde moitié du siècle*, tiene en cuenta la estructura espacial en relación con el hábitat rural y con la estructuración del campo:

La segunda constante antro-po-geográfica es el hecho que dicho hábitat fundamentalmente concentrado y, en cualquier caso, organizado (fortificado o no) es el creador de espacios agrícolas igualmente organizados en territorios. En consecuencia, estudiar el paisaje rural, más allá de la simple descripción formal, significa comprender la organización lógica y dinámica de estos territorios y analizar el sistema que forman. Un territorio es evidentemente el producto de elementos naturales y bio-geográficos: de la fragmentación del suelo y de la diversidad de su capacidad agrícola; de la discontinuidad del relieve y de la topografía; de la diferente valoración de las potencialidades pedológicas que dependen de los microclimas y de los recursos hídricos locales. Y también es el producto de elementos accesorios como la configuración de las vías de comunicación o la mayor o menor proximidad a los centros habitados (Toubert, 1980: 317-318).

Otro modelo es el propuesto por la historiadora Odile Redon (1994) que tematiza precisamente la estructura espacial en relación con el poder y con la sociedad sienesa en *Lo spazio di una città. Siena e la Toscana meridionale (secoli XIII-XIV)*.²⁴ La articulación temática del libro representada por su índice muestra como la disposición espacial es analizada en cada parte del texto: la investigadora conduce al lector a una exploración del espacio del Estado comunal y le enseña los elementos naturales (relieves, ríos, el área de las colinas, valles, la Maremma) en relación con la extensión variable del territorio administrado. Así, le revela la producción del espacio con la estructuración de la ciudad, de las aldeas, del condado, de las tierras de los castillos, de las fronteras y de los espacios de la diócesis.

Obviamente, con el análisis espacial nos hace entender los problemas de la administración del territorio y de las relaciones entre los diversos poderes que lo administran. El libro va acompañado por un dossier de mapas realizados por Claudine Brignon, del *Atelier de cartographie* de la Universidad de Tours, basado en la elaboración de la información topológica producida por Redon con las fuentes utilizadas. Estos mapas dan la posibilidad de contextualizar el Estado sienés en una región más amplia y de observar los cambios territoriales, la división del territorio, en vicarías, diócesis y distritos, y la estructura urbana. Cada mapa es acompañado por un texto que describe el territorio y da sentido a las situaciones representadas.

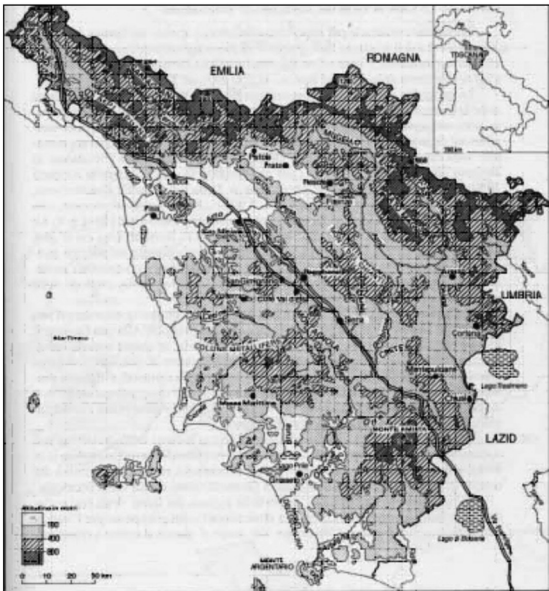
Presentamos aquí dos ejemplos: el primero, mapa 1: la Toscana Física; y el segundo, mapa 5, relacionado con la división del territorio en distritos.

¿Es posible transponer estos modelos en los procesos de enseñanza y aprendizaje? ¿Es difícil diseñar unidades de aprendizaje geohistóricas?

No es imposible ni difícil con la condición de abandonar la senda del libro de texto. Algunos de nosotros, miembros de «Clio '92», lo hemos intentado y hemos diseñado doce unidades de enseñanza y aprendizaje geohistórico para la editorial De Agostini (Dematté, Lotti, Perillo, Rabuiti, 2012). Dirigidas a estudiantes del bienio inicial de educación secundaria superior, estas hacen una comparación entre el presente y el pasado de los territorios en diversas escalas espaciales. Las unidades están recogidas según un desarrollo curricular y están configuradas de tal manera que los estudiantes apliquen intensamente las operaciones cognitivas **espaciales** para producir conocimientos más significativos sobre los nexos entre la sociedad y el contexto geográfico y de tal manera que utilicen las operaciones cognitivas **temporales** para producir conocimientos dotados de sentido sobre las dinámicas de los procesos que producen los asentamientos territoriales y paisajísticos y que se inscriben en ellos.

De este modo, hemos demostrado que se puede ganar el doble desafío al que nos enfrentamos: el de salvar la geografía y la historia de la insignificancia en la que se encuentran actualmente en el proceso de formación de ciudadanos. La geografía y la geografía histórica entendidas como relación de complicidad entre la geografía y la historia pueden mejorar el valor formativo de ambas, ya que los estudiantes comprueban que los métodos y los conocimientos pueden aplicarse para comprender o construir otros conocimientos y para comprender el mundo actual.

Mapa 1. Toscana física



Toscana es considerada aquí con los mismos límites que la actual región Toscana y el mapa se ha realizado a partir de la Carta generale (física) del territorio della Regione Toscana (1:250.000), ed. S.E.L.C.A., Florencia 1988.

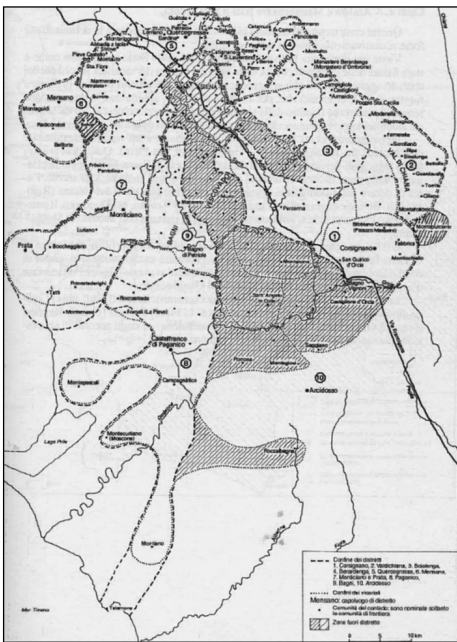
El único objetivo del mapa es proporcionar al lector los puntos de referencia más importantes para poder orientarse. El norte muestra un fuerte contraste entre la alta cadena de los montes Apeninos toscano-emilianos y la llanura del río Arno. Por el contrario, al sur del Arno prevalece un relieve de colinas de altura media (200-400 metros) o claramente más elevadas (400-800 metros), donde la red hidrográfica del río Ombrone no ha conseguido definir un eje. Las colinas más altas constituyen un verdadero macizo, como los montes del Chianti o de la Montagnola. El sur (las zonas de las Colinas Metalíferas y del Monte Amiata) está fuertemente marcado por antiguas actividades volcánicas, evidentes sobre todo en el cono volcánico del Monte Amiata y visibles a través de las fumarolas y de las fuentes termales que caracterizan el paisaje.

La línea costera se corresponde a grandes rasgos con lo que podía ser en la Edad Media, puesto que a lo largo de los siglos la enorme descarga de tierra que las inundaciones han vertido en los torrentes que descienden de los macizos de origen reciente ha hecho avanzar la costa notablemente en algunas zonas, mientras que la recuperación de terrenos ha reducido las lagunas y las áreas pantanosas.

La Vía Francígena, o Vía Romea, que conducía de Francia a Roma a través de Toscana, ha sido señalada porque en el siglo XIII constituía un eje fundamental para la circulación y porque en el libro es citada a menudo.

De los dos caminos entre Siena y San Miniato, el camino oriental a través de Poggibonsi era el más reciente y el más transitado en el siglo XIII. Al norte, la Vía Francígena cruzaba los Montes Apeninos por el Paso de la Cisa, mientras que al sur entraba en Lazio, es decir, en el Patrimonio de San Pedro, en Acquapendente. [...] Los límites altimétricos han sido definidos en relación a la distribución de los asentamientos: en el Amiata, por ejemplo, la mayor parte de los castillos se encuentran cerca de la curva de los 800 metros, casi siempre por debajo de esta.

Mapa 5. El condado de Siene en la primera mitad del siglo XIV: los distritos



Este mapa ha sido realizado a partir de las listas de las comunidades del condado pertenecientes a la Gabella y de la lista de aquellas comunidades comprendidas en cada uno de los distritos (ASS, Statuti della città 26, 1-69-Si, cc. 21v-23r); falta esta lista para el distrito de Arcidosso, que está todavía en forma de borrador. Vincenzo Passeri ha propuesto ya una representación sintética de los distritos para el artículo de M. Ascheri, «Stato, territorio e cultura nel Trecento», en [630] *La Toscana nel secolo XIV*, p. 179.

Al sur de Siena se observan las líneas de fuerza de los primeros distritos: la zona termal (Bagni, 9) organizada ya desde antes del 1293, se extiende ese año desde el distrito de Castelfranco di Paganico (8); el distrito de Corsignano (1) que incluía, a lo largo de la Vía Francígena, el área asignada en el 1299 al «*scorridore delle strade*». La seguridad del tramo septentrional de la Francígena se organizaba a partir de Quercegrossa (5).

El análisis de los mapas 4 y 5 muestra cómo la nueva organización del condado respeta la identidad de las regiones históricas, Scialenga y Berardenga; lo mismo sucede para la región «natural» de la Val di Chiana.

Muchas regiones mantienen a través de las varias subdivisiones un estatuto particular que las sitúa fuera del derecho común: se trata de las «ciudades castrenses» Montepulciano y Montalcino, del castillo de Selva, de las Masse y del señorío episcopal del Vescovado. Si se compara con la antigua y permanente división en tercios, se nota como la nueva disposición reduce ligeramente la centralidad de la ciudad (véase el mapa fuera del texto). Esta descentralización, sin embargo, es relativa, ya que la mayor parte de las circunscripciones está conectada casi directamente con la capital a través de las Masse.

Emergen también algunas capitales a las que Siena, mediante un oficial, delega parte de su centralidad: Mensano, Monticiano, Castelfranco di Paganico, que encabezan tanto distritos como vicarías y cuyo límite demuestra muy bien su tendencia a expandirse.

«La actitud para descubrir correlaciones”: Esta es una de las definiciones más satisfactorias del genio científico [y, añadido, de la profesionalidad de los profesores]. Piense en el gran médico, en el gran experto clínico que comparando signos y síntomas diversos inventa y crea verdaderamente un nuevo tipo de enfermedad. “La actitud para estrechar acuerdos e intercambios entre disciplinas cercanas entre sí”: para una ciencia en fase de expansión, se trata de una igualmente buena definición de progreso. A menudo esta verdad experimental se traduce en otra fórmula: “Los grandes descubrimientos se hacen en los límites mismos de las ciencias”» (Febvre, 1992: 108).

Podríamos transponer el pensamiento de Lucien Febvre en la didáctica diciendo que las competencias se forman en la intersección de las disciplinas, cuando las habilidades y los conocimientos formados en una disciplina se ponen al servicio de la construcción del conocimiento en la otra. La geohistoria entendida como la integración del pensamiento geográfico con el pensamiento histórico puede generar: conocimientos de historia profunda; conocimientos significativos y útiles para comprender el mundo; la importancia de las descripciones y descripciones densas; la importancia de los factores geográficos en la explicación histórica; la relevancia de las dinámicas históricas en la explicación de las estructuras territoriales, de los paisajes y de los entornos; la emoción ante la comprensión más profunda y ante el aprendizaje de conocimientos geográficos e históricos.

NOTAS

¹ Profesor de la Universidad de Bolonia, Italia. Presidente de la Asociación de enseñanza e investigación en didáctica de la historia «Clio '92».

² N. d. T. Sobre la estructura y la organización del sistema educativo italiano se señala el informe *Datos Mundiales de Educación, Séptima edición 2010/11. Italia*, Oficina Internacional de Educación, Unesco, http://www.ibe.unesco.org/fileadmin/user_upload/Publications/WDE/2010/pdf-versions/Italy.pdf (Consulta, 04 de junio de 2013).

³ N. d. T. Donde no indicado, la traducción al español ha sido realizada expresamente partiendo del texto en italiano en el artículo original.

⁴ Agradezco al autor por haber puesto a mi alcance este texto. Sobre la situación francesa, Brusa cita la página web <http://www.aphg.fr/AccueilHistoriensGeographes.htm>. Sin embargo, la situación francesa nunca ha sido un lecho de rosas ni siquiera en campo académico. Desde 1941-1942, por decisión del gobierno de Vichy, las oposiciones para la cátedra de geografía son diferentes de las de la cátedra de historia. Esta separación está todavía parcialmente vigente, aunque los candidatos en cada una de las disciplinas deben responder a una cuestión perteneciente a la otra disciplina. Además, las relaciones entre académicos geógrafos e historiadores no han sido armoniosas, como sabemos por Nicolas Verdier, (2009), *La mémoire des lieux: Entre espaces de l'histoire et territoires de la géographie*. Verdier recuerda que el rencor entre las dos materias se remonta a la institución de la geografía como disciplina académica a finales del siglo XIX. Los historiadores, conscientes de la forma de la mayor parte de las tesis de geografía de entonces, rechazaban la distinción mientras que los geógrafos hacían valer su autonomía afirmando que la temporalidad es un objeto de las ciencias humanas, no un monopolio de los historiadores. La aversión de los historiadores hacia la separación de las oposiciones para la cátedra fue fuerte. Fernand Braudel, en 1951, en su nota crítica al libro de Maurice Le Lannou, *La géographie humaine* (1951), criticó violentamente esta separación y en 1957 fue Robert Mandrou, entonces secretario de los *Annales*, quien reprochó al geógrafo Étienne Juillard por haberse atrevido a afirmar la autonomía de la geografía y por haber propuesto, nada menos, que un programa de investigación que contem-

plaba también cuestiones históricas siguiendo las propuestas del geógrafo inglés Henry C. Darby. Según Verdier, la atención recíproca se desarrolló en la década de 1980. Es más, en el prólogo a las actas de un convenio publicadas en 2004, se puede leer la afirmación que, a pesar de Braudel, la consideración de la dimensión espacial ha sido reducida durante mucho tiempo a la categoría de ejercicio preliminar y obligatorio y que solo en los últimos años ha sido asumida por los historiadores de diversa especialización (Fray y Perol, 2004: 11).

⁵ N.d.T. Para todas las citaciones de este texto se utilizará la traducción en español de *La historia, medida del mundo* realizada por Mariá José Furió y publicada como la primera parte del libro *Las ambiciones de la historia* (2002). Este texto recoge trabajos de Braudel publicados en el original francés *Les ambitions de l'histoire*, y ha sido preparado y presentado por Roselyne de Ayala y Paule Braudel, con prólogo de Maurice Aymard.

⁶ Véase el prólogo escrito por Paule Braudel, esposa del historiador a la edición italiana, Fernand Braudel (1998).

⁷ Antes de que fuese editado, Braudel había puesto a disposición de la investigadora italiana Giuliana Gemelli (1990) las fotocopias del manuscrito, por lo que ésta ha podido usar las conferencias de Braudel para reconstruir momentos importantes en el desarrollo del pensamiento del historiador en su obra *Fernand Braudel e l'Europa universale*, traducida en francés con el título *Fernand Braudel en una edición revisada y aumentada* (1995) y en español con el título *Fernand Braudel: Biografía intelectual y diplomacia de las ideas* (2005). De este modo, Gemelli ha podido examinar el rol de la geografía en el pensamiento de Braudel en la sección *Una geografía aplicada* (edición española, pp. 102; edición francesa, *Une géographie appliquée*, pp. 92-96).

⁸ Prólogo a la primera edición francesa traducido en español (Traducción de Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón) en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

⁹ Otra ocasión del uso de geohistoria con el significado de hechos «reales» aparece en la página 74 en relación con la prehistoria:

«¡Qué admirable geohistoria la de esos milenios entrecortados por grandes dramas! Aquí, glaciares que avanzan y se baten luego en retirada, que vuelven y se alejan de nuevo mientras en otra zona hay, por ejemplo, un Sáhara sembrado de lagos (de lagos Chad, dice Théodore Monod), desierto. [...] En realidad, esos dramas geográficos exigieron capas de tiempo inverosímiles para realizarse».

¹⁰ La primera edición de la obra de Jardé fue publicada en 1925 pero fue reeditada de nuevo en 1979.

¹¹ «Arqueólogo e historiador de la antigüedad es especialmente conocido por *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité* (2ª ed., 1957)», <http://www.treccani.it/enciclopedia/victor-berard> (Consulta, 04 de junio de 2013). «Inspirado por el éxito excepcional de Heinrich Schliemann en el terreno de la arqueología, se propuso visitar, a partir de una reconstrucción de las condiciones de navegación de la época, las orillas del Mediterráneo frecuentadas por Ulises, el héroe de Homero. Para ello, utilizó su propio barco y siguió las instrucciones de la misma Odisea», http://es.wikipedia.org/wiki/Victor_B%C3%A9rard (Consulta, 04 de junio de 2013). En el obituario de Víctor Bérard que fue publicado en *Annales de Géographie*, 1932, t. 41, n°229, pp. 102-103, L. Gallois reconocía también que «la puissance évocatrice des paysages et du monde grecs apparaissent presque à chaque page».

¹² R. Hennig, *Die Geographic des homerischen Epos*, pp. VI-102. (Neue Wege zur Antike I. 10), Lipsia e Berlino: Teubner, 1934.

¹³ Alfred Hettner (1859-1941) fue particularmente influyente en el desarrollo de la geografía alemana con sus teorías sobre los objetivos y los métodos de los estudios geográficos, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, http://www.encyclopedia.com/topic/Alfred_Hettner.aspx (Consulta, 04 de junio de 2013).

¹⁴ Alfred Philipsson (1864-1953) fue un geógrafo hebreo alemán y escribió *Das Mittelmeergebiet, seine geographische und kulturelle Eigenart* (1904, 4. Auflage 1922) [La región mediterránea, su especificidad geográfica y cultural], pero Braudel (2002) lo cita también como autor de un buen manual de geografía física en la página 58.

¹⁵ El texto de Goetz ofrece ejemplos y líneas generales de geografía histórica. Disponible en edición digital en <http://archive.org/details/historischegeogr00gt>

¹⁶ Karl Haushofer (Múnich, 27 de agosto de 1869 – Berlín, 10 de marzo de 1946) «fundó en 1924 la *Zeitschrift für Geopolitik* (Revista de Geopolítica) y escribió varias obras sobre Japón, el Pacífico y los confines estatales. Se suicidó frente a las acusaciones de filonazismo que le fueron realizadas después de 1945», <http://www.treccani.it/enciclopedia/karl-haushofer> (Consulta, 04 de junio de 2013). Haushofer adoptó el término *Geopolitik* del sueco Rudolf Kjellén y el de *lebensraum* de Friedrich Ratzel, construyendo su concepción geopolítica de forma ecléctica. Haushofer ve en el espacio el factor determinante en el desarrollo del Estado y da a su geopolítica una orientación darwinista y social. En una de sus obras encontramos geopolítica definida como «la ciencia del condicionamiento de los procesos políticos por parte de la Tierra, basada en una amplia base de geografía, especialmente de geografía política en cuanto ciencia de los organismos político-espaciales y de su estructura. La esencia de las regiones, entendida desde el punto de vista geográfico, proporciona la estructura geopolítica dentro de la cual debe comprenderse el curso de los procesos políticos si se de-

sea que estos procesos tengan éxito a largo plazo» (citado a la voz de Haushofer Karl en Joÿ O'Loughlin (2000).

¹⁷ El título original de la obra de Gautier es *Les siècles obscurs du Maghreb médiéval*, Payot, París, 1927, (Braudel, 2002: 59-61). Para Braudel, «probablemente el más importante de los geógrafos e historiadores de expresión francesa en vísperas de esta última guerra» (2002: 56).

¹⁸ N. d. T. En el original italiano, se cita la traducción italiana de la obra en su edición de 1953 (reeditada en 1965), *Civiltà e imperi del Mediterraneo nell'età di Filippo II*, 395-397.

¹⁹ Christian Grataloup es un profesor de geografía en la Universidad París 7-Denis Diderot, especialista en geohistoria, modelos gráficos y didáctica. Ha publicado, entre otros, *Lieux d'histoire. Essai de géohistoire systémique* (1996). Más información sobre el texto de Grataloup y el volumen completo *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés* (2003).

²⁰ El libro editado por Jean-Claude Waquet, Odile Georg y Rebecca Rogers, *Les espaces de l'historien* (2000), gira en torno a la cuestión de si existe una forma propia de los historiadores para concebir, tratar y escribir el espacio. Los doce textos incluidos intentan responder a esa pregunta centrándose en tres temas: 1. El modo en el que los historiadores describen y eventualmente piensan el espacio; 2. El estatuto que le atribuyen en la problematización y en la argumentación; 3. El modo según el cual articulan el espacio con el tiempo.

²¹ Según el título de la sección en el libro de Giuliana Gemelli.

²² Estas palabras se pueden leer en cuanto razones para otorgarle el Premio Galileo (*Giudizio della Commissione per l'attribuzione del Premio Internazionale Galileo Galilei dei Rotary Italiani*, anno XIV: Sezione "Storia Italiana", 1975). El libro de Toubert (1973), ha sido parcialmente traducido al italiano con el título *Feudalesimo mediterraneo. Il caso del Lazio medievale* (1980); y en español en *Castillos, señores y campesinos en la Italia medieval* (1990).

²³ Toubert profundiza detallando cómo se puede producir información sobre los paisajes del pasado con la lectura precisa y erudita de los documentos de archivo: «Si deseamos, solo para dar un ejemplo familiar a mi experiencia personal, si deseamos, digo, reconstruir el paisaje natural y agrario de una región italiana en torno al año mil debemos recurrir sin duda a los datos proporcionados por la sabiduría tradicional. Los pergaminos y los documentos de los monasterios nos permiten entender y casi hasta ver a simple vista la formación, por ejemplo, de la maquia mediterránea, contemporánea a la invención lexical y a la difusión de la palabra misma "maquia", desconocida en las fuentes antes del año mil. Directa o indirectamente (a través, por ejemplo, de la toponimia), dichos pergaminos están llenos de información sobre fenómenos concomitantes: con el desarrollo demográfico, percibido claramente desde el año mil o incluso antes, se observa el progreso del castañar, la deforestación en perjuicio de la encina, la conquista de nuevos espacios ganados para el olivo o el cultivo mixto. Recoger con atención estos datos de las fuentes escritas es siempre necesario, es más, fundamental. Sin embargo, ahora ya no es suficiente. Es necesario compararlos con otros datos proporcionados por ciencias naturales como la fitosociología o la palinología que, a través del estudio del polen fosilizado, nos permite establecer con una cronología absoluta la evolución del paisaje fitogeográfico. Y está claro que estos nuevos datos se pueden usar para confirmar y afinar nuestras conclusiones, pero pueden también contradecir hipótesis basadas sobre textos».

http://www3.humnet.unipi.it/galileo/fondazione/Vincitori%20Premio%20Galilei/Pierre_Toubert.htm,
último acceso 4/06/2013)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAKER, R. H. (ed.) (1981). *Geografia storica: tendenze e prospettive*. Milán: FrancoAngeli.

BRAUDEL, F. (1946). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. París: Librairie Armand Colin.

BRAUDEL, F. (1951). La geografia di fronte alle altre scienze umane. *Annales E.S.C.*, nº 4.

BRAUDEL, F. (1965). *Civiltà e imperi del Mediterraneo nell'età di Filippo II*. Turín: Einaudi.

BRAUDEL, F. (1966). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. París: Librairie Armand Colin.

BRAUDEL, F. (1976). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.

BRAUDEL, F. (1986). *I tempi della storia*. Bari: Dedalo.

BRAUDEL F. (1998). *Storia, misura del mondo*. Bologna: Il Mulino.

BRAUDEL F. (2002). *De La historia, medida del mundo*. Barcelona: Crítica.

BRUSA, A. (inédito). *La storia si fa sulla terra*.

DE BERNARDI, A., GUARRACINO, S. (eds.), *Dizionario di storiografia*. (1996). Milán: Bruno Mondadori.

DEMATTÉ, F., LOTTI, P., PERILLO, E. y RABUITI, S. (2012). La geostoria alla prova dei manuali, *Il Bollettino di Clio*, a. XIII, n.s., n. 0, mayo 2012, dedicado a la geohistoria. <http://www.clio92.it/index.php?area=3&menu=11>

Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés (2003). <http://espacestemp.net/document436.html> (Consulta, 31 de mayo de 2013).

DUBY, G. (1992). *La storia continua*. Milán: Bompiani.

FANTONI, M. (2002). *Il potere dello spazio. Principi e città nell'Italia dei secoli xv-xvii*. Roma: Bulzoni.

FEBVRE, L. (1992). *Storia e psicologia. Problemi di metodo storico*. Turín: Einaudi.

FRAY, J. L y PEROL, C. (Ed.) (2004). *L'historien en quête d'espaces*. Clermont-Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal.

FRÉMONT, A. (2008). *Vi piace la geografia?* Roma: Carocci. (edición italiana editada por Dino Gavinelli; edición francesa Armand Frémont, *Aimez-vous la Géographie?*, Flammarion, París, 2005).

²⁴ Sobre los espacios urbanos de las sedes de las cortes principescas es relevante el libro de Marcello Fantoni, *Il potere dello spazio. Principi e città nell'Italia dei secoli xv-xvii*, (2002).

GARCIA, P. (2010). Géographie et histoire. AA. VV., *Historiographies*, vol. I, *Concepts et débats* (pp. 153-161), París: Foliohistoire.

GEMELLI, G. (1990). *Fernand Braudel e l'Europa universale*. Venecia: Marsilio.

GEMELLI, G. (1995). *Fernand Braudel*. París: Editions Odile Jacob.

GEMELLI, G. (2005). *Fernand Braudel: Biografía intelectual y diplomacia de las ideas*. Valencia: Universitat de València.

GRATALOUP, C. (1996). *Lieux d'histoire. Essai de géohistoire systémique*. Montpellier: Reclus.

HENNIG, R. (1934). *Die Geographic des homerischen Epos*. Lipsia y Berlín: Teubner.

HETTNER, A. (1968). *International Encyclopedia of the Social Sciences*. En http://www.encyclopedia.com/topic/Alfred_Hettner.aspx (Consulta, 04 de junio de 2013).

HIGOUNET, C. (1961). La géohistoire. SAMARAN, C. (ed.) *L'histoire et ses methodes* (pp. 68-91), vol. 11, *Encyclopédie de la Pléiade*, dirigida por Raymond Queneau y editada por Gallimard a Parigi. Pléiade.

LE LANNOU, M. (1949). *La géographie humain*. París: Flammarion.

MONBEIG, P. (1937). Colonisation, peuplement et plantation du cacao dans le Sud de Bahia. *Annales de géographie*, 46 (261), 278-299.

O'LOUGHLIN, J. (ed.) (2000). *Dizionario di geopolitica*. Trieste: Asterios Editore.

RAISON, J. P. (1978). Géographie historique. J. Le Goff (ed.) *La nouvelle histoire* (pp. 183-194). París: CEPL.

REDON, O. (1994). *L'espace d'une cité. Sienne et le pays siennois (xiii-xiv siècles)*. Roma: Ecole française de Rome. http://www.persee.fr/web/ouvrages/home/prescript/monographie/efr_0000-0000_1994_mon_200_1 (Consulta, 03 de junio de 2013).

REDON, O. (1999). *Lo spazio di una città. Siena e la Toscana meridionale (secoli XIII-XIV)*. Siena: Nuova immagine editrice.

RUSSO, D. (1996). L'œuvre d'art et ses significations. Autour de la notion de paysage dans l'œuvre de Georges Duby. Duhamel-Amado C., Lobrichon G. (eds.), *Georges Duby. L'écriture de l'histoire* (pp. 37-49). Bruselas: De Boek-Wesmael.

TOUBERT, P. (1973). *Les structures du Latium médiéval: le Latium méridional et la Sabine du ix^e à la fin du XII^e siècle*. Ecole française de Rome. http://www3.humnet.unipi.it/galileo/fondazione/Vincitori%20Premio%20Galilei/Pierre_Toubert.htm (Consulta, 04 de junio de 2013)

TOUBERT, P. (1975). Discorso del vincitore del premio internazionale Galileo Galilei dei rotary italiani 1975 prof. Pierre Toubert. *Giudizio della Commissione per l'attribuzione del Premio Internazionale Galileo Galilei dei Rotary Italiani*, anno XIV: Sezione «Storia Italiana». http://www3.humnet.unipi.it/galileo/fondazione/Vincitori%20Premio%20Galilei/Pierre_Toubert.htm (Consulta, 04 de junio de 2013).

TOUBERT, P. (1980). *Feudalesimo mediterraneo. Il caso del Lazio medievale*. Milán: Jaca Book.

TOUBERT, P. (1990). *Castillos, señores y campesinos en la Italia medieval*. Barcelona: Ed. Crítica.

VERDIER, N. (2009). *La mémoire des lieux: Entre espaces de l'histoire et territoires de la géographie*. <http://halshs.archives->

uvertes.fr/docs/00/41/87/09/PDF/Verdier_Memoire.pdf (Consulta, 03 de noviembre de 2012).

WAQUET, J. C., GEORG, O. y ROGERS, R. (2000). *Les espaces de l'historien*. Estrasburgo: Presses universitaires de Strasbourg.

Recursos web

- <http://www.aphg.fr/AccueilHistoriensGeographes.htm>
- *Datos Mundiales de Educación, Séptima edición 2010/11. Italia*, Oficina Internacional de Educación, Unesco, http://www.ibe.unesco.org/fileadmin/user_upload/Publications/WDE/2010/pdf-versions/Italy.pdf (Consulta, 04 de junio de 2013).
- <http://www.treccani.it/enciclopedia/karl-haushofer> (Consulta, 04 de junio de 2013).